

EL DOLOR DE LOS DEMÁS

¿Qué ha pasado, Juan? ¿Qué has visto? ¿Cómo la han matado? ¿Dónde?

A golpes, responde. En su habitación. La habitación de la Rosi. Está todo lleno de sangre. Hasta el techo.

La madrugada del 25 de diciembre de 1995, Nicolás mató a su hermana, la Rosi, con un radiocassette y escapó en su coche. Su primo descubrió el cuerpo en un barranco. Se había tirado. Mató a su hermana y luego se mató él.

Miguel Ángel reabre esta historia 20 años más tarde con el propósito de escribir una novela. No esta novela. Tenemos un crimen, un escenario, un asesino, una víctima y un arma homicida. Lo único que no tenemos es el por qué. Pero, ¿realmente importa?

El punto de inflexión que separa lo que hubiera sido una novela de detectives y asesinatos de lo que acaba siendo realmente este libro, lo marca un encuentro casual y repentino con una fotografía y con un rostro. El rostro, antes olvidado, de la víctima. Esa foto que nos encontramos en la portada del libro. Un carro, un niño y su padre. Al fondo, una silueta amarilla, una elipsis que representa un hueco, un vacío. El vacío que nos deja la novela al terminar de leerla. Ahí es donde el propósito de contar la historia toma otro rumbo. El autor deja a un lado el *thriller*, el suspense, el morbo del asesinato y centra la mirada en el otro; la reconfiguración del pasado.

En *El dolor de los demás* se abren heridas y se despiertan fantasmas que el autor creía extintos con el fin de su adolescencia; la vida austera y tradicional de la huerta

marcada por la culpa y el pecado, la muerte y la opresión de un mundo en el que no terminaba de encajar.

La forma en la que está confeccionada la novela, su desarrollo, sus líneas claras y los flashbacks de la huerta provocan la inmersión del lector, que lo hace partícipe no sólo de la historia, sino también del proceso de creación del libro, ya que en todo momento descubrimos lo mismo y al mismo tiempo que lo descubre Miguel Ángel.

Miguel Ángel Hernández pierde a su mejor amigo esa noche. Ese dolor le pertenece. Pero, ¿hasta qué punto nos pertenece la vida de los demás?, ¿quiénes son los demás?, ¿qué derecho tenemos a escribir sobre ello?

Esta novela nos hace cuestionarnos el propósito de la literatura y el poder creador del lenguaje, cómo confeccionamos historias y las moldeamos olvidando parcialmente lo que de verdad importa, la responsabilidad con la realidad. Porque, ¿qué es más importante?, ¿la historia que cuentas? o ¿qué haces con ella?

Miguel Ángel consigue transmitir con voz propia una historia desde el respeto a la verdad, la austeridad y la honestidad. Y aún sabiendo las consecuencias que le puede traer escribir esto, de reabrir lo que estaba mejor cerrado, nos presenta una historia grabada en su piel y que forma parte de él, como ese dolor. Hay libros que merecen ser leídos desde lo que no son. Este, sin duda, lo es.